

María Isabel Orellana
y Nicole Araya (2016).

*Educación de las
infancias: entre el hogar
y la escuela (1880-
1915).* Santiago:
DIBAM.



María Isabel Orellana y Nicole Araya presentan un texto que refleja una investigación historiográfica acabada de un grupo social, el cual no suele ser considerado como tal, las infancias. Son escasos los y las profesionales que tienen las agallas, la disposición y las herramientas para sumergirse en lo más escondido de nuestra sociedad, la niñez. Más complejo aún es indagar en ella, utilizando fuentes que sean condescendientes con la realidad de aquel grupo y en aquellos siglos, en que la sociedad consideraba a los niños y a las niñas como adultos en miniatura, incapaces de controlar sus impulsos.

El libro está conformado por cinco capítulos. En el primero de éstos, es posible vislumbrar, bajo una perspectiva historiográfica, por qué las autoras aluden al concepto de infancias (y no de infancia) y cómo aquello ha sido percibido y comprendido desde una visión adultocéntrica. A lo largo del capítulo dos, es posible transportarse hacia Europa desde el siglo XVII y, así, ir adquiriendo un mayor entendimiento respecto a cómo ciertos procesos y causas sociales, económicas y culturales incidieron en la implementación del sistema educativo formal chileno, además de conocer el trabajo de actores que revolucionaron la pedagogía, tales como Smith,

Rousseau, Kant, Pestalozzi, Froebel y Spencer. El tercer apartado aborda los intentos por *educar o proteger* las infancias desde los diversos agentes existentes, cómo aquello incitaba a la segregación, y lo incidente que era (es) nacer en una familia *acomodada* económica y socioculturalmente para poder recibir una educación (en ese entonces) pertinente a los ideales y valores de la ciudadanía chilena. En la penúltima sección, el lector o la lectora comienza a sumergirse en la institucionalización de la Educación Parvularia (más específicamente del primer y segundo nivel de transición) y las polémicas que nacieron a raíz de aquello. Para finalizar el libro, en el quinto capítulo, las autoras abordan diversos factores que influyeron en este proceso ya mencionado en el apartado anterior: quiénes

formaban a las educadoras, bajo qué posicionamiento pedagógico, cuáles eran las condiciones y contenidos de aquellos centros educativos, cuál era relevancia e incidencia de la intervención del Estado en el desarrollo y aprendizaje de los párvulos de ese entonces, cuán diversa era la “educación” brindada a los párvulos en contextos desfavorecidos versus la facilitada a niños y niñas provenientes de la aristocracia chilena y cuáles eran los obstáculos económicos a los que tuvo que enfrentarse la Educación Parvularia y sus defensores en el intento de aumentar su cobertura.

Como profesional que trabaja de manera directa con las infancias, se torna altamente interesante y provocador acercarse a un texto que relata cómo éstas han sido concebidas y percibidas por diversos organismos en su proceso de institucionalización educativa. El primer y mayor acierto de las autoras fue clarificar que no existe una sola infancia, sino que en nuestro contexto nacional es pertinente referirse a *las infancias*, debido a la gran segregación que se ha vivido y perpetuado hace siglos. ¿Acaso los niños y las niñas de un contexto rural tienen las mismas oportunidades y necesidades que quienes viven en la Región Metropolitana? La ciudadanía es consciente que Chile es un país altamente centralizado, por lo que las oportunidades de aprendizaje y de desarrollo en la capital de éste sobrepasan a las existentes en lugares alejados de Santiago. Sumado a lo anterior, los párvulos que se desenvuelven en contextos desfavorecidos tienen necesidades, recursos, intereses y oportunidades totalmente diferentes a un niño o una niña de un nivel socioeconómico mayor, partiendo por el acceso a una Educación de calidad. En los inicios de la educación formal, se reconocía tal diferencia sosteniendo que “el niño pobre” no era capaz de reprimir sus impulsos, debido al ambiente en que había sido criado, por ello era urgente insertarlo en un centro educativo y así transmitirle una educación moral que fuere coherente a los ideales y valores patrios. Tan grande era (es) la brecha, que la educación de niños y niñas del nivel inicial se diferenciaba según su nivel socioeconómico, lo cual provoca un toque de desesperanza e incompreensión hacia el actuar de quienes han luchado por mantener tales diferencias.

Un segundo elemento considerado por las autoras, y que recientemente ha estado en la palestra, corresponde al área de Género. Es abismante saber que, tal como se consideraba en el siglo XVII, la atribución de la crianza y de la educación de los niños y las niñas siga siendo delegada de manera exclusiva a las madres o a cuidadoras mujeres. Tan fuerte fue aquella creencia (y aún lo sigue siendo en algunos sectores), que la Educación Parvularia en Chile surge y se institucionaliza para suplir la incompetencia de la mujer en su único rol, ser madre. Incluso, aún siguen siendo las mujeres quienes predominan en la formación y el ejercicio de la carrera que, si bien en un inicio aquello se les atribuía a su

"instinto maternal", es evidente que los prejuicios e ideas que sostenían lo anterior siguen prevaleciendo la ausencia de hombres en este campo.

Sumado a lo anterior, provoca cierta preocupación saber que aún existen familias que delegan la total educación de los niños y las niñas al sistema educacional formal (tal como se hacía siglos atrás), marginándose así de este proceso. Aquello ha provocado que surjan las connotadas 'Escuelas para Padres', como una manera de hacer conscientes a los cuidadores de lo fundamental que es su participación en este rango etario. Este último acontecimiento traspasa cualquier barrera socioeconómica; los niños y las niñas de familias "acomodadas" siguen estando a cargo de personas (que suelen ser mujeres) que se hacen cargo de la crianza de ellos y ellas, mientras que a los párvulos de familias en contextos desfavorecidos aún se les es arrebatada su infancia y niñez para que pronto comiencen a generar ingresos y así dar sustento económico al núcleo familiar.

Por último, extender la invitación de las autoras a repensar las infancias, lo cual no implica que la (re)construyamos solo los adultos (ya sean expertos en el tema o no), sino que, de una vez por todas, dejemos de lado nuestra postura adultocéntrica y abramos los espacios para que los niños y las niñas se expresen abiertamente, que nos comuniquen qué piensan, cuáles son sus intereses, qué necesitan, etc. El primer paso está en que cada adulto comience a comunicarse con los niños y las niñas desde su altura, dirigiendo su mirada hacia adelante y no más hacia abajo; dejando de considerar a las infancias como una etapa desvalida que necesita auxilio y protección, sino empezar a reconocerlas como un grupo social con voz y opinión propia y válida. Para ello, también es imprescindible que los educadores de párvulos y los profesores comencemos a otorgarle al juego la total importancia e incidencia que tiene en el desarrollo y aprendizaje; dejemos de pensar solo qué nos conviene a nosotros los adultos, al contrario, es urgente que reflexionemos y actuemos en son de lo que las infancias están pidiendo a gritos hace siglos: ser escuchados y considerados por quienes osan a decidir su realidad.

María Fernanda Ahumada

Educadora de párvulos

Diplomada en Dirección y Gestión de organizaciones escolares

Pontificia Universidad Católica de Chile